

Igualdad y diversidad humana

Pastor: Oscar. Arocha

Junio 1, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“El rico y el pobre tienen un lazo común: el que hizo a ambos es el Señor.”
Proverbios 22:2

El tema de este versículo es doble, por un lado diversidad: “El rico y el pobre,” y por el otro igualdad: “Tienen un lazo común; el que hizo a ambos es el Señor” o que son dos seres humanos idénticos, o que el Creador se agrada más en que sean diferentes y no iguales. Y siendo fruto del Sabio Dios, es ventajoso y beneficioso, pero al mismo tiempo es una de las dispensaciones del Creador donde hacemos, no buen, sino mal uso. Todos nos necesitamos unos a otros, por esa misma razón, porque somos diferentes. El presidente necesita al pueblo, y el pueblo al presidente; el maestro a los alumnos, y los alumnos al maestro; el médico a los enfermos, y los enfermos al médico. Este sentido de necesidad del otro que no es igual a mí hace que nuestros lazos de unión sean tan fuerte, y nuestras relaciones deseadas. Definitivamente que el hombre no pudo haber inventado esta diferencia de clases en la sociedad humana. Además nos inclina a ayudar al otro, porque un día lo vamos a necesitar, y todos nos ayudamos. La diversidad se conecta a nuestra utilidad de ayuda. Maravilloso.

Enfocamos: “El rico y el pobre tienen un lazo común: el que hizo a ambos es el Señor,” esto es, es cierto que hay una diferencia, pero ambos fueron hechos a imagen y semejanza de Dios, y sea en la riqueza o en la pobreza, fueron hecho para la gloria de Dios y el beneficio de la humanidad. Es una diferencia que no puede ser eliminada. Los comunistas vendieron esa idea por largo tiempo, que todos seríamos iguales, no más ricos ni pobres, y su intento no duró ni cien años. La gran China y la gran Rusia han vuelto a sus orígenes: Siempre tendremos pobres y ricos sobre la tierra.

Hablaremos así: **Uno**, Esta diferencia abarca a todos. **Dos**, Que en esencia todos somos iguales.

I. ESTA DIFERENCIA DE RICOS Y POBRES ABARCA A TODOS

Entendemos que Salomón escogió estas dos clases como representativas de todas la otras. Después de Dios, lo que el hombre más se afana en buscar es el dinero o las riquezas, o que esta diferencia sería como la más notoria o importante entre toda otra. Uno está abajo o arriba. Es gobernante o gobernado, noble o plebeyo. Pocos asuntos fascinan los ojos de la humanidad que los ricos. La diferencia más marcada entre los

seres humanos es esta: Uno tiene o no tiene. La riqueza hace la gran diferencia entre todos nosotros. En términos generales, las decisiones de toda persona que si conviene o no conviene, se centra en el dinero. La riqueza decide todo. Lo más valioso es la vida, pero si alguno pierde un familiar y le recompensan con una gran fortuna, el dolor mucho se disminuye, cuando no desaparece. Óigannos lo que dice el Señor Jesús en cuanto al dinero: **“No podéis servir a Dios y a las riquezas”** (Mateo 6:24). El mayor competidor de Dios en el corazón humano es el amor al dinero. Mas aun, el hombre piensa que puede alcanzar cualquier sueño o aspiración si tuviera dinero. Como dice por ahí: “Todo lo puede don dinero”. Tú pudieras haber nacido entre cartoneros y trapos, en extrema pobreza, pero si logras amasar fortuna, de seguro que serás honrado y apreciado por todo quien te conozca. Como está escrito: **“Muchos son los que aman al rico”** (Proverbios 14:20). No es extraño que los ricos sean más admirados que los sabios, los científicos e intelectuales. En todas partes es más glorioso tener dinero, que tener buena cabeza. Es tanto así, que el apóstol Pablo da a entender que un rico Cristiano sería como un adorno del Evangelio; óigalo: **“Creyeron un buen número de griegos, hombres y mujeres de distinción”** (Hechos 17:12). En la mayoría de los casos es posible comprar con dinero una honra y fama que pertenece a la sabiduría y virtud moral. Este mundo es tan materialista que tu dinero pudiera atraerte la honra que pertenece a un buen médico, cuyo oficio es preservar lo más valioso, la vida corporal.

Esto se ha dicho con un fin: Que la diferencia aquí puesta por el hombre sabio abarca toda otra diferencia entre los seres humanos.

II. EN ESENCIA TODOS SON IGUALES, RICOS Y POBRES

Antes de considerar algunos particulares, enfoquemos su contexto. Estamos estudiando en el Libro de los Proverbios. Un proverbio es: Una expresión instructiva, sentenciosa, sencilla, breve y de evidente verdad. O que el propósito de Salomón es enseñarnos, que a pesar de la diversidad de condiciones que pudiéramos ver en la sociedad humana, los hombres que la componen son iguales; oigamos: **“El rico y el pobre tienen un lazo común: el que hizo a ambos es el Señor”** (v2); fueron hechos en el mismo molde y el mismo Hacedor, o que el Creador los hizo iguales. En esencia no hay diferencia entre uno y otro. El Señor no hizo los órganos de uno inferiores a los del otro. En otro lugar lo repite: **“¿Acaso el que me hizo a mí en el seno materno, no lo hizo también a él? ¿No fue uno mismo el que nos formó en la matriz?”** (Job 31:15). Así que, son iguales en esencia, en debilidades, privilegios, propósito, y final.

Iguales en Esencia. El rico y el pobre están constituidos de lo mismo, un cuerpo y un alma. La ley que une el cuerpo al alma humana es la misma en ambos. El sentimiento que suele producir alegría en uno, también en el otro, y lo que le da tristeza es similar tanto en el rico como en el pobre. Diversidad de condición económica no hace diferencia en sus facultades. En general ambos reaccionan a los olores, los sonidos, la luz, y al sentido. Ambos se alegran, y ambos se entristecen. Ambos se ponen los pantalones de la misma manera, primero una pierna y después la otra, y ambos tienen que ir al inodoro

en la misma forma. Tanto el cuerpo del pobre como el del rico manifiestan la sabiduría de Aquel quien los formó.

Iguales en Debilidades. El cuerpo del rico y del pobre son un recipiente de barro que coge las mismas impurezas, enfermedades y dolores; como está escrito: “Este mal hay en todo lo que se hace bajo el sol: que hay una misma suerte para todos... Habitan en casas de barro, cuyos cimientos están en el polvo” (Eclesiastes 9:2, Job 4:19). Ambos enferman de la cabeza, de los pies, de la espalda, del pecho y de la barriga. El rico es sujeto a ignorancia, a dudas y a incertidumbres, y sus corazones se duelen por las mismas cosas. La envidia surge en el pecho de uno y del otro, y así con el enojo y con toda clase de desorden pecaminoso. Ambos están sujetos a descontento como a codicia. Cualquiera de los dos pudiera estar razonando bien y de pronto ocurrir algo inesperado que lo saque de su razonamiento al punto de no poder distinguir entre lo bueno y lo malo; mire el caso: “Y al atardecer David se levantó de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa del rey, y desde el terrado vio a una mujer que se estaba bañando; y la mujer era de aspecto muy hermoso... Y la mujer concibió; y envió aviso a David, diciendo: Estoy encinta... En la carta había escrito: Poned a Urías al frente de la batalla más reñida y retiraos de él, para que sea herido y muera” (2 Samuel 12:2,5,15). No podía diferenciar entre lo bueno y lo malo. He aquí el hombre que había exaltado la obediencia a Dios por encima de todas las cosas, de pronto hecha abajo el edificio de la piedad. Más aun, el pobre piensa que todos sus problemas se resuelven con dinero, el rico también; oiga un rico decirlo: “En mi prosperidad yo dije: Jamás seré conmovido” (Salmos 30:6). Uno y otro tienen debilidades del cuerpo, como de mente. Fácilmente pierden el norte de lo verdadero y se hunden en vanidades perjudiciales.

Iguales en Privilegios. Aspirar a puesto de grandeza y eminencia es del uno y del otro. Si un hombre está en una condición baja dentro de la sociedad, y posee sólo talentos ordinarios, aun así pretende adquirir un status de fama, inmortal reputación entre los héroes. Sueña que todos le honren, que el mundo conozca de su nombre, que los grandes le distinguan. El rico y el pobre poseen el privilegio de ambicionar ser reyes o presidentes. Esta ley natural en todos, aun cuando prohíbe abrogarse un lugar que no le corresponda, no prohíbe que tanto el uno como el otro lo ambicionen o lo aspiren.

Hagamos ahora un **ejercicio mental**. Imaginemos el hombre más pobre y destituido de cualquier Congregación. El es desconocido para la sociedad, parece como si Dios lo hubiese abandonado por completo a su desdicha; aun así posee el mayor y mas glorioso de todos los privilegios a que puede aspirar un ser humano. Este hombre reconciliado en la Sangre de Cristo puede aspirar al más noble y más alto grado del amor de Dios. Tiene el derecho de elevar su alma en ardiente oración a Dios, el Señor atender sus ruegos con el mismo interés con que atiende a un Moisés o a un Pablo: “Este pobre clamó, y el Señor le oyó, y lo salvó de todas sus angustias” (Salmos 34:6); él clamó u oró con fervor. El Gran Gobernador del Universo, El Rey de reyes y Señor de señores cuida de él con amor detallista y minucioso; oiga como se lo promete: “Ni un

cabello de vuestra cabeza perecerá” (Lucas 21:18). Tiene el privilegio de invocar el Nombre de Dios con aquellos nombres con que Dios se ha revelado, y hacerlo con libertad, franqueza y sencillez: “Su Dios, su Señor, Su rey, su Padre, su Amigo, su Consolador, y muchos otros. En el AP el Señor no dejó que los judíos le pusieran nombre, sino que El mismo reveló los nombres de cómo habían de invocarlo, pero en el NP es diferente, ya que la palabra Dios (Gr. Qeos) fue tomado de los griegos y el Redentor les ha dado el privilegio a pobres y ricos de llamarlo con ese nombre de invento humano. El hombre tiene la ventaja de comer a la mesa con Dios en la Santa Cena: “Le concederé sentarse conmigo en mi trono” (Apocalipsis 3:21). Este pobre, un ser desconocido para la gran mayoría, sin amigos, pero aun así puede aspirar ser amigo del Mayor de los amigos: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre” (Juan 15:15).

Pequeño en tu mente. Estos argumentos prueban que nada hace grandes hombres como pequeños que las impresiones que reciben de cosas fuera de ellos, las diferencias que uno tiene con los demás afectan poderosamente nuestras mentes y valores. Cuando por un tiempo la providencia pone a uno en una condición menor que los otros, uno concluye que para uno todo se acabó. Cuando lo cierto es que uno se está degradando a uno mismo, renunciando a nuestra real grandeza, valorándose, no como Dios me valora, sino como las circunstancias lo hacen. Oigamos la Voz Divina: “Aun cuando alguien tenga abundancia, su vida no consiste en sus bienes” (Lucas 12:15), esto es, que la gloria o grandeza de un hombre no es por ser rico, o noble, o rey, o famoso, sino que su gloria es esta: “Ser hecho a imagen de Dios”. Al mismo tiempo si tú menosprecias a los que veas inferiores en la sociedad, estarías confesando ser insensible a tu real dignidad. En los ricos esta debilidad se manifiesta con fuerza: “El rico domina a los pobres... El rico responde con dureza” (Proverbios 22:7). Este mundo es como un escenario de teatro, donde los actores desempeñan diferentes personajes, pero los premios no serán por el personaje que uno haga, sino por la fidelidad a Dios con que vivamos. Es ilustre actuar como rey dentro de la película, pero es mucho más glorioso ser fiel, ser hijo del “Gran Director”. Estamos en un mundo de probación. El salmista lo dice así: “Prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios que morar en las tiendas de impiedad” (Salmos 84:10). Y el apóstol Juan lo expresa: “Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en Cristo” (Apocalipsis 14:13). En la Gracia, tú y Yo somos capaces de alcanzar eterna felicidad, aun cuando aquí vivamos llenos de llagas como el mendigo Lázaro.

Iguales al Final. La sentencia contra Adán se cumplió, se cumple y se cumplirá: “Polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19), y se ejecuta en todo ser humano, sea rico o pobre; sabio o ignorante: “Sucedió que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fue sepultado” (Lucas 16:22). Frente a esta cita ineludible la condición terrenal no hace diferencia, o que nadie es más honorable que otro. Sufren los ricos, y los pobre; se enferman los ricos y los pobres, y

finalmente se muere el rico y también el pobre. Por tanto, te invito a considerar esta verdad: “Vanidad de vanidades, dice el Predicador, vanidad de vanidades, todo es vanidad... No confiéis en príncipes, ni en hijo de hombre en quien no hay salvación” (Eclesiastes 1:2; Salmos 146:3).

Hoy vimos que la gran diferencia entre los hombres es rico o pobre, y abarca a todos, aun esta diferencia todos son iguales. Iguales en esencia, en debilidades, privilegios, propósito, y final, o frente a la muerte.

APLICACIÓN

1. **Hermano: Nuestra ignorancia de la mente y voluntad de Dios es la causante de nuestros problemas.** Las circunstancias no son las causantes de nuestros problemas y miserias, sino que hacen salir lo que hay en nuestros corazones, son reveladoras de la verdad y realidad nuestra. Su mensaje en alta voz y claridad es este: Que somos dependientes de algo fuera de nosotros, no de las criaturas, sino de las misericordias del Creador, que desesperadamente necesitamos a Dios. Así que, sea nuestro ruego como David: “La tierra, oh Señor, está llena de tu misericordia; enséñame tus estatutos” (Salmos 119:64), esto es, enséñame a pensar y valorar como Tú valoras, que el juicio de mi mismo no sea por mi condición, sino por Tu Palabra. Dile a mi alma, que soy tu hijo, que la gloria eterna contigo es mía.

2. **Amigo: Cristo se deleita en salvar al pecador, sea este rico o pobre.** El Creador los hizo a ambos, o que una condición no es más honorable que la otra, Dios no mide como miden los hombres. Una sola cosa nos hace aborrecibles a los ojos del Señor: El Pecado. De manera, pues, que si tus pecado son perdonados, el agrado de Dios sería contigo ahora y siempre. Considera esta Su Palabra: “El arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21). En esto se resume tu gran necesidad, arrepentirte y confiar en Cristo.

AMÉN